

¿Más todavía de Metz? A fe mía que poca cosa, en fin de cuentas. Mi padre presentó su dimisión, y a pesar de una carta muy halagadora del coronel Niel, la mantuvo. En cuanto le fué aceptada, quedó resuelto el traslado a París de toda la familia. Desembocamos los tres en la calle des Petites-Ecuries, en un piso amueblado, para aguardar allí a que llegaran nuestros muebles, que eran bastantes numerosos y se habían quedado en Metz. El trayecto, realizado en un coche de punto, desde la estación del Este, que estaba entonces casi igual que hoy; enfren-

te, por supuesto, en lugar de la larga y ancha perspectiva actual, se ofrecía una vista bastante sórdida de casas leprosas y de abominables solares que continuaban hasta el Sena, y más allá, un dédalo de callejas angostas y terriblemente obstruídas, parecióme triste en verdad. ¡Yo, que me imaginaba un París todo de oro y perlas finas y que me había forjado un Bagdad y un Visapur tales como no fueron jamás estas ciudades, sin duda alguna, porque la imaginación de los niños es infinita cuando pone manos a la obra y vierte su locura! ¡Yo, que venía de una población fríamente hermosa y de una regularidad sorprendente en las partes que de ella podía conocer, encontrábame ahora con aquel revcltijo de casas demasiado altas, con pesados maderos, de un gris sucio, sobre fachadas de yeso barnizado, donde la lluvia había diluído el polvo en manchones verduscos sobre un amarillito de humedad. Los cristales de las ventanillas del angosto "simón" que apestaba a trapos grasientos y a heno enmohecido, sonaban brutalmente, y las ruedas brincaban sobre aquel pavimento enorme, irregular, habituado más bien al hacinamiento para las barricadas de las revueltas que al nivelamiento normal de puentes y calzadas. Cruelmente defraudado, me eché a llorar, y como me preguntasen —no siendo yo tan ingenuo, según creía, como antaño, ahora que ya

me habían dicho que estaba en la edad de la discreción, pues comprendía literalmente la palabra, y quizá también por pudor (¡encontrar feo a París, no está bien en un mocito!)— respondí que me dolían las muelas, lo que puede que fuese cierto, pues yo tenía siete años, siete años cumplidos, y a esa edad, es cuando se caen los dientes de leche y salen los otros. ¡Pero la verdad es que mi primera impresión de París fué de fealdad, fango, y luz turbia, y el olor que se cierne en su atmósfera, insulso para mi olfato, acostumbrado a los fuertes y sencillos cierzos del Este lorenés y a las sanas corrientes de aire de una población construída como un tablero de ajedrez!

Al día siguiente, debo confesarlo, vime compensado del desencanto tan vehemente que experimentara la víspera, al llegar. Verdaderamente, ¡qué impresionante paseo el que dimos por los bulevares, desde la puerta de San Dionisio o San Martín —dispénseme, hace cuarenta y tres años de eso— hasta la Magdalena! Pocas mejoras han alterado la fisonomía del bulevar de París, tan absolutamente vario, más ameno que grandioso, de claro hormiguar humano, y de riqueza y de lujo, y de filosofía y de alegría, falsos o verdaderos, verdaderos y falsos, pero intensos, al par que ligeros y libres. En 1851, no vi en él, como no fuese que percibiera algo más

intuitivamente, que lo divertido del bulevar, verdaderamente embriagador para un chico. Los coches, tan numerosos, sin armar apenas ruido; los transeúntes, en sus tres cuartas partes bien vestidos y de buen humor, paseando de acá para allá, fumando, charlando en voz alta —en provincias, la mayor parte de la gente se habla al oído—; las tiendas, ¡oh, aquel duelo de ranas embalsamadas en la tienda de un “naturalista” de Bonne Nouvelle!; las muestras, ¡oh aquella cuarteta de un barbero de la puerta de San Martín, frente al solar donde cuarenta años después había de alzarse el teatro de la Renaissance!:

Transeúntes, miren el dolor
 De Absalón colgando de su nuca;
 Tal desgracia habría evitado,
 Si hubiera usado peluca

Esos versos escritos encima de un cuadro pintado un poco a la ligera, pero que no por ello hacía menos impresión en ojos exentos de prejuicios como eran los míos de entonces, son, a lo que creo, los primeros que yo aprendí de memoria. Y en el fondo no valen menos que otros muchos que hicieron y siguen haciendo ruido.

Al cabo de unos ocho días, habiendo llegado ya nuestros muebles, emigramos a Batignolles, barrio que ya por aquella época era el favorito de los militares retirados. Mi padre había de encontrarse allí y granjearse también muchos

camaradas, en esa clase de personas honradas y dignas, buenos burgueses sin los aspavientos ni espantos de Homais y Prudhomme. Del primero no tienen ni pizca, y si les ocurriese, por una desgracia que no es de temer, que empleasen el lenguaje del segundo, entonces sería cuando literal y muy plausiblemente en tal caso, podrían decir que su sable fué el más hermoso día de su vida.

¡Batignolles! Entrando por la calle Nollet —entonces de San Luis—, número 2, con vistas desde el primer piso, con cuatro balcones a las calles de las Damas y de Lecluse. La calle Lecluse donde yo había de vivir más adelante, por dos veces, la calle en que vives tú, ¡oh! mi antiguo camarada Edmundo Lepelletier, cuando Chatou te aburre, en esa misma casa y en ese mismo piso del número 3 en que naciste.

¡Nacer, vivir y morir —lo más tarde posible— en la misma casa! Dicha que no todos tendrán, por más que no se pueda responder de nada, aunque me parezca locura pensar que yo hubiera de morir, después, es cierto, de haber vivido en ella poco, pero vivido, en la casa número 1 de esa calle de Haute-Pierre, probablemente *Hoch Setin Strasse* hoy, que fué testigo de mi ingreso en este mundo. Que hubiera de asistir también a mis primeros pasos en el otro, repito que me asombraría.

Ya dije que mi instrucción en la provincia no había sido de las más rápidas. ¡Sólo en París pueden hacerse adelantos serios, *zeñó!* Y a mí me pusieron de externo en la institución W..., en la calle Hélène, una calle muy chiquita, que conduce desde la calle Lemercier a la avenida de Clichy, "olim", lo que quiere decir ¡ay! "en mi tiempo", Grand-Rue des Batignolles. Aún subsiste el modesto colegio, y hace poco, al ir a visitar al maestro Eugenio Carrière en su estudio de la calle —¡no es ninguna desgracia!— de Hegesipo Moreau, volví a ver, por entre la verja verde de la cancela, el patio con algunas hileras de árboles, lo suficientemente raleados para que pudieran jugar los chicos por entre ellos a las cuatro esquinas, y en el fondo la escalinata con las dos rampas de hierro desde donde, con ocasión de un reparto de premios, recité yo *La Encina y la caña*, saliendo del paso con relativa facilidad gracias a una rapidez quizá un poco tartajosa de elocución que sólo me falló en los últimos versos, algo duros para decirlos de prisa; pruebe, pruebe usted un poco, ya que, a lo que parece, se sonríe:

Celuit de qui la tête au ciel était voisine,
Et dont les pieds touchaient à l'empire des morts (1).

(1) Aquél cuya cabeza vecina era del cielo
y cuyos pies tocaban en el imperio de los muertos.

El director, un hombre digno, ya cincuentón, tenía una figurita pequeñita, iba todo afeitado, con largos cabellos negros, partidos en raya derecha, tenía la tez curtida, la frente alta, recta y gorda la nariz; un parecido, si no perfecto, sorprendente con las litografías de Víctor Hugo por aquella época, el Víctor Hugo-Dante en lugar del Víctor Hugo-Ribera de los últimos años. Habíase casado ya machucho y tenía una niñita, que murió estando todavía en la escuela, siendo una de mis primeras emociones fuertes la de ver llorar a aquel hombre robusto, al que todos temíamos un poco, con todo y profesarle afecto, a fuer de niños de buena familia y sana educación que éramos, para quienes él tenía desvelos y cuidados verdaderamente paternales. Carlos des Perrières fué uno de mis discípulos de la calle Mèlène. Jamás he vuesto a verlo desde aquellos tiempos prehistóricos. ¡Reciba aquí mi saludo doblemente fraternal!

Habíame hecho un hombrecito. Sabía ya leer y escribir. Las cuatro reglas iban entrándome poco a poco en la cabeza y tenía nociones de Historia y de Geografía. Empezaron a pensar en casa en meterme en el Liceo. Dos circunstancias retrasaron un tanto mis comienzos universitarios; una enfermedad bastante grave que tuve... y el ¡Dos de diciembre!